

Deben ser pocos los hombres que han podido dedicar su vida entera a una actividad tan fecunda e incomprensible como el ocio. Claudio Bertoni es uno de ellos. Tiene 59 años y una disposición sorprendente para abandonarse a sus instintos y pensamientos. En su casa de Concón hay cientos de cuadernos sobre un escritorio que también es comedor. A un costado, un diván que las hace de sillón. Y por una puerta se accede a su pieza, que consiste en una cama de una plaza, un muro tapizado de libros, un televisor y, con un cuidado que sorprende, pues está tapado con un plástico, protegido del polvo y los mosquitos y el frío y la luz, un equipo de música.

El resto parece una acumulación azarosa de objetos que podrían, eventualmente, tener alguna utilidad práctica o creativa: pinceles de distinto grosor, un balón de gas, decenas de cajas de leche y botellas de agua mineral vacías, un pequeño ropero, una maleta de cuero, trozos de leña para la salamandra y libros, cientos de libros que parecen descansar como gatos: echados en cualquier rincón, aparentemente inamovibles, pero que al más mínimo requerimiento de su amo se paran, lo miran y hasta conversan con él. Con Bertoni. El poeta, fotógrafo y artista visual que ha hecho de la caminata, la lectura y la contemplación una forma de vida. Y una obra. Porque en su currículum figuran, además de premios, becas y diversas exposiciones, ocho libros de poesía.

En dos semanas más se sumará *No faltaba más* (Cuarto Propio), libro sobre la belleza femenina, la vitalidad de la música negra y la misteriosa tranquilidad que puede obtenerse al pensar en un empolvado, ver volar un queltehue o comer un caldillo de congrio. Esa calma espiritual que Bertoni recuperó después de una complicada enfermedad, cuyo testimonio fue el libro *Harakiri* (2004). Por esta conversación planea el fantasma de esa etapa, pero predomina una luz más cálida y resplandeciente. O al menos esa impresión dejan las palabras con que Bertoni explica por qué escribe como escribe y vive como vive.

—Este libro tiene un tono optimista, como si fuera el antónimo de «Harakiri». ¿A qué se debió este giro?

—Es verdad que *Harakiri* es la enfermedad y el susto, mientras que aquí hay poemas gozosos. Pero no fue premeditado. Cuando estoy bien no me preocupo por nada: voy a Viña, me abrocho el zapato o como lentejas sin darme cuenta. Es como el cuento del ciempiés japonés, que va caminando perfectamente hasta que un sapo le pregunta cómo se las arregla para no tropezarse. Entonces, el ciempiés la piensa y se enreda y se va al

diablo. Cuando funcionan simplemente sientes que todo es una bendición.

—De allí que escribas: “el placer más grande de todos/ es sin duda respirar”.

—Pero si ésa es la pepa del alma. El único, gigantesco y absolutamente incomprensible regalo en la vida es respirar. Arjuna, un filósofo indio, dice que nirvana es samsara y samsara es nirvana; es decir, el nirvana no es el Premio Nobel ni estar en la cima de los Himalayas hasta que sale un rayo. Puede que ocurra, pero uno se puede sentir muy bien por el solo hecho que haya luz.

—¿Por eso has hecho una poética del apunte, de lo que te pasa cuando contemplas a tu vecina o le cuidas el taladro al maestro Juan?

CLAUDIO BERTONI

“El ocio es tremendamente difícil”

Después de salir a caminar, comprar unas verduras y sentarse en la ventana a contemplar el paso del tiempo, el poeta radicado en Concón escribe sus pensamientos en pequeños cuadernos o le habla a su grabadora. Es la forma de vida que le ha permitido escribir nueve libros, el último de los cuales llegará en dos semanas a librerías.

ÁLVARO MATUS

—Es que eso es absolutamente automático. Goethe decía que los poemas son circunstancias y Borges afirmaba que en todo arte siempre al comienzo hay una emoción. Es por eso que mi obra es un gigantesco diario. Yo escribo para aliviarme o descargar de lo que me ocurre, aunque también es cierto que la literatura es un alivio especial. No hay que olvidarse de lo que decía Raymond Queneau: un poema son palabras ordenadas en una página. Y si las ordenas mal el poema es malo, aunque Dios haya abierto el cielo y te haya dicho no sé qué chucha, si lo dices mal desgraciadamente no marcha.

—Parece que cuando miras a tu vecina no aspiras a la posesión o una relación

con ella. ¿Te basta la contemplación?

—Ese vendría a ser el camino del sabio. La posesión, desde la ropa hasta la mujer, es el demonio para casi todas las sabidurías. Y ahora que tú lo dices, yo vivo sumamente así cuando no estoy con la paranoia de que voy a quedar parapléjico y no tengo Fonasa ni a nadie que me cambie los pañales. Te diría que en esos poemas de la primera parte no hay pérdida porque estoy sano. En 1998 mi vida se llenó de fantasmas, sufrí como una serie sucesiva de ataques de pánico, por lo que me era imposible ver a mi vecina en el sentido que lo digo ahora en el poema. No faltaba más es la consecuencia de estar sano. La normalidad es un regalo. Hay un poema en el que veo que la

gente camina sobre el mar. Esa sensación resume el milagro. En otro hablo de un disco de Wayne Shorter que se llama «Alegría» y que es como una chispita de luz en medio de esta vulgaridad grotesca para la que no hay palabras.

—¿Te atraen poetas como Safo u Ovidio, que le cantan a la belleza?

—Claro que sí, porque es lo que más me interesa. Ahora me doy cuenta que las películas que más veo o en los detalles que más me fijo están relacionados con el amor. Y cuando el amor sucede, aunque dure poco, hay plenitud. Para mí eso se produce en la belleza de la mujer, que es algo que por otro lado considero terriblemente injusto. Encuentro horro-



rosos lo que dijo Vinicius de Moraes: “que me perdonen las feas, pero la belleza es fundamental”. Sin embargo, no puedo hacerme el huevón con eso. De todos modos, mis influencias son más contemporáneas. André Bretón fue tremendamente importante. Si lees *Nadja*, *Los vasos comunicantes* y *El loco amor* te das cuenta que este gallo era enfermo por la belleza. Ahora que estoy más viejo veo la cosa con más claridad, pero Bretón fue mi santo por mucho tiempo.

—Curioso que te guste un escritor con tan poco humor.

—Claro, no tiene ni una pizca del humor que tengo yo. El humor es la flexibilidad y la flexibilidad es la vida. Los

chinos dicen que cuando nieva mucho, la rama del pino se quiebra porque es tiesa, pero si cae la misma nieve sobre el sauce o el bambú, una vez que ésta se derrite la rama vuelve para arriba. El humor es eso en la vida.

—Algunos críticos han señalado que la poesía chilena se está poniendo cultorana, llena de guiños intelectuales. ¿Te afecta esa crítica?

—Es que para mí la cita es de absoluta necesidad. Si un tipo que ha vivido en un bosque se pone a escribir, colocará el nombre de todos los pájaros y árboles. Mi vida está relacionada con el arte y la literatura. Todo lo que he hecho en mi vida es escribir y leer. Entonces, lo

que a otros les parece culterano, que es cierto porque está en el mundo de la cultura, para mí es natural. La Simon Weil es un ser queridísimo y si yo converso contigo te la voy a mencionar, junto a muchos otros, porque son parte de mis experiencias.

—A veces usas la cita para reírte, como en el cierre de este libro: ante la pregunta de cómo hablaba Zaratustra, tú simplemente dices “en alemán”.

—Es que siento que había que bajarlo un poco. En una película de Tarkovski, un zar abraza a otro ruso al que le está entregando una parte de Europa. Es una ceremonia increíble, pero ¿qué hace el director? Baja la cámara y muestra que

está pisándole el pie al otro. El poema a Nietzsche es lo mismo: una cosa ridícula en medio de una atmósfera de solemnidad. Si el *homo sapiens* es el *homo ridiculus*. Eso es lo que nos vuelve queribles. Ese es el humor.

—¿Te importa lo que diga la crítica?

—A las finales la crítica no toca lo que hago, pero me afecta una mala crítica. Es un tipo de violencia y cualquier violencia, por leve que sea, me afecta. Mira, sé que de *Harakiri* podrían salir cinco libros más a la pinta, pero como está reflejando mejor cómo funciona. Si soy desparpado. Por otro lado, encuentro que la situación del crítico es difícilísima, la cosa más antinatural y tirá de las mechas del mundo. Es como un hombre que se acerca a otro y apenas el otro abre la boca se pone a pensar si tiene la voz alta o baja o si los ojos son grandes o chicos. Tonturas. La vida no es así y las cosas no suceden así. Tú vas y hablas y miras y ya. No digo que no deban haber críticos, pero constato que la cuestión es súper difícil y que aproximándose así uno puede quedar ciego ante ciertos textos.

—En tus libros anteriores no suelen haber poemas rabiosos y aquí hay uno bien fuerte. ¿Cómo nació ese texto?

—Tiene que ver con la defensa de mi soledad. Cuando me enfermé tuve que ir a un siquiatra y lógicamente si no tuviera a mi familia me habría ido y no habría vuelto más. Pero yo detesto la dependencia. Por eso mis grandes héroes son los seres autárquicos, los que quieren vivir de nada, como Diógenes, que en invierno se revolcaba en la nieve. Ese es el asunto; sólo que yo tengo los pies absolutamente de barro. Mi rabia es contra el mundo que necesito. Yo tengo varios poemas en que puto a la gente que más quiero y que no he publicado. O sea, el mal está en mí, no en ellos. Me encantaría enfermarme y mármelas solo.

—¿Nunca pensaste que el trabajo te daría independencia?

—Lo pensé, pero tarde. La mayoría trabaja y no le queda otra, pero yo viví otra circunstancia. Además, en mí tuvo mucho que ver Henry Miller. Yo me enamoré de él y el resumen de su obra, igual que la de los surrealistas, es que trabajar es una maldición. Ganarse la vida es perderla, decían. Yo me la tomé hasta el fondo; claro que todo tiene claroscuros. Muchas veces he pensado que si hubiera trabajado no me habría enfermado, porque lo que pasa es que el ocio es tremendamente difícil. Los monjes en realidad tienen todo controlado, porque si no te vas al diablo, y yo en cierta forma me fui al diablo cuando me enfermé.

—En tus poemas se nota que también te influenciaron los beatniks. Toda la estética del collage, de la poesía

confesional y callejera. —Creo que Miller, Bretón y la Weil me influenciaron más por una cosa de espíritu, pero si hablamos de poesía y técnica lo mío va por el lado de la poesía norteamericana, de la Black Mountain College, donde estaban Robert Creeley, Charles Olson y John Giorno, que fue un tipo que trabajó en las primeras grabaciones de Elvis Presley y con William Burroughs. Más conocidos son Gary Snyder, y, claro, Ginsberg, que sé que es poco sofisticado nombrarlo porque es desparpado, pero a las finales es un gran tipo. Su poesía es tremendamente flexible, cálida, tierna. Leer a Snyder, en la revista «Orfeo», me permitió saltar de la verborrea surrealista a los norteamericanos. Y de ahí a la poesía japonesa y china, que influyó mucho a los beatniks. Es la poesía clara.

—¿Cómo evalúas tu opción de vida?

—Nada es tan premeditado, pero creo que haber elegido en nombre de lo que realmente deseaba, sin pensar si iban a haber consecuencias buenas o malas, es una suerte enorme. Desde que me enfermé y cambié no soy tan pendular. Antes pensaba que la había hecho de oro o que las había cagado, es decir, que no me casé ni tenido hijos y que estaba en un páramo difícil de tolerar. Sócrates dijo que si te casas te vas a arrepentir y que si no te casas también. Yo muchas veces me arrepentí.

—Conolly habla del miedo a la servidumbre versus el miedo a la soledad.

—Exacto. Creo que la enfermedad que tuve, en parte, tiene relación con el hecho de no estar con alguien. Pero ahora que estoy bien quedo feliz con que haya luz. No pido más. Esto es lo que enseñaría si fuera dueño de un país.

—Por un lado te retiras, pero por otro publicas cada uno o dos años. ¿Te asusta no estar presente?

—No, para nada, si todo es más simple: me da gusto publicar libros donde digo lo que siento. Es como hablar y que te contesten. O querer y que te quieran. Me siento bien porque creo que estoy cosechando lo que he hecho durante 40 años: escribir. Todo tiene que ver con la verdad y yo pienso que la poesía es lenguaje de la verdad. Hay algo oscuro que va a estar siempre y es esencial que unos tipos estén dando noticias de eso. Es lo que hace que exista vida.

—¿Nunca pensaste que el trabajo te daría independencia?

—Lo pensé, pero tarde. La mayoría trabaja y no le queda otra, pero yo viví otra circunstancia. Además, en mí tuvo mucho que ver Henry Miller. Yo me enamoré de él y el resumen de su obra, igual que la de los surrealistas, es que trabajar es una maldición. Ganarse la vida es perderla, decían. Yo me la tomé hasta el fondo; claro que todo tiene claroscuros. Muchas veces he pensado que si hubiera trabajado no me habría enfermado, porque lo que pasa es que el ocio es tremendamente difícil. Los monjes en realidad tienen todo controlado, porque si no te vas al diablo, y yo en cierta forma me fui al diablo cuando me enfermé.

—En tus poemas se nota que también te influenciaron los beatniks. Toda la estética del collage, de la poesía

confesional y callejera.

—Creo que Miller, Bretón y la Weil me influenciaron más por una cosa de espíritu, pero si hablamos de poesía y técnica lo mío va por el lado de la poesía norteamericana, de la Black Mountain College, donde estaban Robert Creeley, Charles Olson y John Giorno, que fue un tipo que trabajó en las primeras grabaciones de Elvis Presley y con William Burroughs. Más conocidos son Gary Snyder, y, claro, Ginsberg, que sé que es poco sofisticado nombrarlo porque es desparpado, pero a las finales es un gran tipo. Su poesía es tremendamente flexible, cálida, tierna. Leer a Snyder, en la revista «Orfeo», me permitió saltar de la verborrea surrealista a los norteamericanos. Y de ahí a la poesía japonesa y china, que influyó mucho a los beatniks. Es la poesía clara.

—¿Cómo evalúas tu opción de vida?

—Nada es tan premeditado, pero creo que haber elegido en nombre de lo que realmente deseaba, sin pensar si iban a haber consecuencias buenas o malas, es una suerte enorme. Desde que me enfermé y cambié no soy tan pendular. Antes pensaba que la había hecho de oro o que las había cagado, es decir, que no me casé ni tenido hijos y que estaba en un páramo difícil de tolerar. Sócrates dijo que si te casas te vas a arrepentir y que si no te casas también. Yo muchas veces me arrepentí.

—Conolly habla del miedo a la servidumbre versus el miedo a la soledad.

—Exacto. Creo que la enfermedad que tuve, en parte, tiene relación con el hecho de no estar con alguien. Pero ahora que estoy bien quedo feliz con que haya luz. No pido más. Esto es lo que enseñaría si fuera dueño de un país.

—Por un lado te retiras, pero por otro publicas cada uno o dos años. ¿Te asusta no estar presente?

—No, para nada, si todo es más simple: me da gusto publicar libros donde digo lo que siento. Es como hablar y que te contesten. O querer y que te quieran. Me siento bien porque creo que estoy cosechando lo que he hecho durante 40 años: escribir. Todo tiene que ver con la verdad y yo pienso que la poesía es lenguaje de la verdad. Hay algo oscuro que va a estar siempre y es esencial que unos tipos estén dando noticias de eso. Es lo que hace que exista vida.



Anticipo de «No faltaba más», de Claudio Bertoni (Cuarto Propio, Santiago, 2005) en nuestro sitio de internet: <http://diario.elmercurio.com/portada/revistadelibros.asp>